

INTEGRACION

En esta última etapa de la adaptación cultural el individuo integra los valores positivos en su persona, enriqueciéndose y ensanchando el mundo de sus perspectivas y la conciencia de sí mismo. Al mismo tiempo conserva una autonomía personal relativamente mayor frente a los determinismos culturales. Las reacciones negativas que aparecían en los primeros pasos de su adaptación han desaparecido, las identificaciones aparentes que se manifestaban en el período de observación adquieren un nuevo sentido. No es la simpatía, ni la euforia la que domina, sino la significación personal de las nuevas aportaciones. La nueva experiencia le ha servido no solamente para extender el nivel de conciencia individual, sino también para desarrollar eficazmente el sentido social que todos llevamos en la naturaleza. Su vida afectiva ha dado un paso muy significativo hacia el altruismo sano, que prepara el camino a una caridad cristiana más profunda

y efectiva en nuestras relaciones con el prójimo. Esta privilegiada experiencia es la base más segura para una comprensión de los otros, para conservar la autonomía personal, para sobrevivir sin inquietudes a las estimulaciones aparentemente heterogéneas de un mundo con expansiones interculturales cada vez más extensas.

CONCLUSION

En el presente trabajo se expone la necesidad de la adaptación cultural del individuo en un medio ambiente extranjero y las diversas etapas por las cuales atraviesa en su lucha por resolver los problemas planteados en los nuevos ambientes socio-culturales. Dichas etapas son: aislamiento, negación, observación e integración.

NOTA: Resumen de una conferencia dada por el autor para estudiantes extranjeras en la Residencia Universitaria «Regina Pacis».

Educación y tiempo libre

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

*Doctor en Filosofía y Letras. Bibliotecario.
Director de la Casa de Cultura de Soria*

NUESTRO TIEMPO

Si de cualquier tiempo pasado es difícil formular un juicio objetivo y exacto, mucho más aún del propio tiempo en que vivimos, porque, inmersos en él, faltos de perspectiva suficiente, somos antes sus protagonistas que sus jueces imparciales.

Por el mero hecho de vivir en nuestra época, unos la verán—como su propia vida—grata o cómoda, y otros, amarga o desagradable.

Pero en lo que sí es posible estar acordes unos y otros es en que, pasadas las dos grandes guerras mundiales de 1914 y 1939, ha sufrido la sociedad contemporánea una transformación radical, mucho mayor de lo que hubiera correspondido a ese mismo lapso de tiempo en otras circunstancias normales. Las dos terribles conflagraciones han producido cambios materiales y sociales de tal dimensión que, referida a épocas anteriores, hubiera significado el paso de un siglo entero o quizá de más.

La devastación, la muerte, la ruina material y moral, las alteraciones y privaciones de todo género provocadas por ambas contiendas han dejado luego, en la paz, un estado de alteración espiritual, un desasosiego que lleva a las gentes a un deseo de moverse y de vivir antes inusitado. Y no es que tal deseo no haya existido en otros tiempos. Ha existido siempre, pero no tan intenso, no tan generalizado, no tan obsesivo como ahora. Porque no han sido solamente sus causas las consecuencias de dos guerras sin precedentes y próximas entre sí. Lo ha sido también el desarrollo del maquinismo y de la técnica que, espoleado por las mismas necesidades bélicas, se ha difundido luego, masivamente, en la paz, significando un impacto moral y social de gran trascendencia histórica. Inventos, conquistas científicas y aplicaciones técnicas que han revolucionado la táctica militar, han transformado después la marcha—antes, más sosegada y lenta—de la sociedad, imprimiendo en ella, con bien acusados rasgos, una fisonomía nueva y distinta. El recuerdo y el reflejo de las

angustias de una muerte o de una ruina inminentes que aún quedaban en los hombres de 1919 se desencadenó, como evasión o reacción lógica, en un inusitado deseo de vivir durante los «alegres años veinte», propicios a los negocios y a las existencia fácil de algunas minorías enriquecidas, mientras se publicaban en los periódicos del mundo occidental aquellas fotografías espeluznantes de niños depauperados de la por entonces recién nacida Unión Soviética. Como otra reacción post-bélica, aunque en el fondo también belicosa, mezcla de revolución y contra-revolución, surgió asimismo en Europa un nacionalismo totalitario, ya gesticulante y teatral en la Italia mussoliniana, ya pagano, racista y lleno de frustraciones y resentimientos en la Alemania «nazi» de Hitler. Después, entre 1939 y 1945, como consecuencia de aquellos imperialismos fanáticos, otra vez la calamidad de una nueva guerra mundial aún más extensa e intensa que la primera. Si ésta puso fin a la «belle époque», la segunda daría principio a una nueva y vertiginosa etapa, de cuyo desarrollo somos protagonistas o espectadores, cada vez más compleja en sus estructuras políticas y sociales, en sus planificaciones económicas, en la racionalización y mecanización del trabajo y, sobre todo, en la enorme crisis de valores humanos, morales y religiosos, e incluso estéticos, por la que ahora atravesamos.

Toda la tensión producida por las dos grandes guerras, por revoluciones y agitaciones sociales y políticas, por la reciente reacción de nuevos Congos que estrenan y prostituyen su inmadura libertad; todo el afán de evasión de una sociedad cansada de luchar en contiendas y agitaciones inútiles; toda una ya remota e injusta distribución de bienes materiales; toda una tremenda incompreensión, ya lejana y atávica, que ha venido cerrando las puertas de la paz y de la convivencia, y otros muchos errores más se han juntado de golpe en esta época que, si desde un punto de vista positivo, parece preocuparse, y de hecho se preocupa, por resolver ingentes problemas, por otra parte —y éste es su lado negativo—, se despreocupa más que otras épocas por los principios más fundamentales.

El ritmo actual del mundo ha llegado a exigir una especie de «gigantismo» planificador, estructurador o racionalizador en la economía, en la política, en la técnica y en la industria ante la necesidad de resolver grandes problemas y de elevar en todas partes el nivel de vida. Ante tal acuciamiento, estas palabras «nivel de vida» parece que se entienden tan sólo como nivel material o económico, con grave olvido o con lamentable desplazamiento a segundo término de los valores morales, espirituales, que la vida exige, tanto más cuanto más elevada pretendamos que sea.

EL HOMBRE, GRAN DESCONOCIDO

Aunque parezca paradójico, según ha dicho un ilustre filósofo (1), «ninguna época ha sabido tanto y tan diversamente como la nuestra», pero tampoco «ninguna época ha sabido menos lo que el hombre sea que la actual, pues en ninguna época ha sido el hombre tan problemático como en la nuestra».

El hombre se ha hecho más problemático en nuestro tiempo —creemos nosotros— porque está, sin duda, más desorientado que nunca, y no sabe bien adónde va. En su vertiginoso afán por ir a todas partes y por divertirse —divertirse, etimológicamente, es separarse— llega a encontrarse fuera de sí mismo. Es decir, está alterado. Y alterado vale tanto como estar en otra cosa distinta de uno mismo. O, en otras palabras, en ese afán de la diversión por la diversión, el hombre de hoy no se da tregua para seleccionar sus diversiones, conforme a sus gustos o preferencias. No tiene tiempo para pensar adónde iría con agrado, porque su preocupación es ir a cualquier parte. Y, como en general, va a tientas y a locas, muchas veces no siente placer alguno y no sabe bien si aquello le gusta o no. Sin darse cuenta, se decepciona, se cansa, se aburre. Pero no suele reaccionar de una manera positiva. Cada nueva sobrecarga de tedio diversivo le arrastra —con la complicidad del automóvil para acudir más pronto— a otra nueva diversión, en la que tan sólo pretende pasar el rato o, mejor dicho, matar el tiempo.

«MATAR EL TIEMPO»

Produce sonrojo pensar que con todo el bagaje de nuestra cultura occidental a cuestas, con todo el maravilloso acervo de la ciencia, la técnica y la sorprendente civilización actual, el hombre de 1965 no se conozca aún a sí mismo, no sepa expansionarse sin salirse de su propio «yo» y, como recurso heroico, no cuente con mejor aliciente que el de «matar el tiempo». ¡Su tiempo libre! ¡El hombre de 1965 que, al cabo de milenios y culturas, ha podido liberarse de ser antropófago, no ha conseguido, en cambio, superar todavía esta infrahumana situación de «matador de su tiempo libre», o lo que es igual, de homicida espiritual de sí mismo. Porque el hombre actual viene a ser un inconsciente antropófago de su espíritu, ya que cada vez se va alejando más de su «yo», del cultivo de su personalidad, en esa alocada y tumultuosa separación —tal es la diversión masiva o sin objeto— de cuanto constituye su verdadero ser.

Pero, ¿dónde hallar las motivaciones de esta tendencia cada vez más extendida de «matar el tiempo»? Dejando a un lado las causas generales —a que hemos hecho referencia—, y, como

(1) Cfr. MAX SCHELER: *El puesto del hombre en el cosmos*. 2.ª ed. Madrid, 1936.

consecuencia de un estado de desarraigo de valores fundamentales, de descentramiento y desambientación, esas motivaciones tienen su primer asiento en la familia, la cual ha perdido, en gran parte, sus cualidades tradicionales de permanencia, abnegación y atención hacia los hijos. Los padres de hoy son los primeros que se afanan por divertirse y no tienen o no encuentran tiempo para la vida familiar ni para educar a sus hijos—lo cual no es sólo mandarlos a la escuela, a colegios, institutos o universidades—y así, inconscientemente, van sucediéndose generaciones cada vez más descartadas, más desarraigadas, más despersonalizadas, desilusionadas, decepcionadas de sus propios progenitores, propicias al absurdo de un tedio prematuro y a las excentricidades de «nuevas olas» de existencialistas y melencólicos dentro de los más varios matices de una interminable fauna asfáltica: «teddy boys», «blousons-noir», «ye-yes». ...Gamberrismo, en suma, con modas y con nombres más o menos internacionales. Oleadas de estupidez colectiva. Tendencias todas ellas hacia formas regresivas de vida, exteriorizadas en gestos, balles y canciones cuya aparente y electrificante modernidad es algo simplemente selvático, primitivo o elemental.

DIVERSION O ENAJENACION

En tales afanes, desmesurados por moverse y divertirse en esta elementalidad que grita y gesticula en vez de cantar y dialogar, ¿qué clase de placer pueden hallar las nuevas generaciones? Rompen quizá la monotonía de una existencia sosegada para caer en otra monotonía—peor, por agotadora y negativa—que sólo conduce al absurdo, al tedio y al hastío. Observemos, por otra parte, el carácter masivo de estas tendencias diversivas, lo cual patentiza la carencia de individualismo o personalidad en las más recientes generaciones. Sirva de ejemplo, en el baile, que no danza la pareja en un plástico acoplamiento de ritmo individual, sino que las parejas bailan sueltas y en grupos, un tanto gregarios, con manifiesta impersonalidad.

En otro orden, como ha observado Wright Mill (2), en la sociedad superdesarrollada actual se hace preciso un llamamiento a la responsabilidad y a la conciencia adormecidas del hombre, ya que nuestra época se caracteriza por la enajenación de la responsabilidad y de la sensibilidad moral. Díjese que vivimos en plena prostitución de valores: la ciencia, a veces, se identifica con sus técnicas o productos mejor cotizados comercialmente; el poder suele perder su auténtica significación de servicio; el dinero sigue siendo—quizá más que nunca—el becerro de oro al que se rinde pleitesía, a la vez que el gran tirano del mundo; las máquinas—creadas

por el hombre para su servicio—se han convertido en las dominadoras de la vida moderna... El hombre, en efecto, ha sido enajenado en su libertad y en su propia individualidad, avasallado por la máquina, que le transporta de un lado a otro, actúa e incluso piensa por él mismo; la máquina—esa gran suplantedora—que «le vive su propia vida». Y en ese ahorrarle funciones manuales, mecánicas e incluso intelectivas, la máquina va dejando vacíos en el alma humana. Así, por ejemplo, se ha perdido ya hoy la tradición del artesano, del hombre que—como aconsejaba Eugenio d'Ors (3)—debe complacerse y esforzarse en la obra bien hecha. Ya no hay tampoco—como diría Ganivet—«escultores de su alma», porque en medio de la prisa actual, el hombre apenas se ocupa en cultivarse a sí mismo.

EL TIEMPO LIBRE, CONQUISTA Y PROBLEMA

El hombre sigue inventando nuevos aparatos que le ahorren esfuerzo y le brinden nuevas comodidades. A medida que multiplica las máquinas y suprimiendo la necesidad de sus brazos e incluso de su mente, porque también los «robots» piensan por y para él. Sueña, en fin, con la conquista de reducir su jornada de trabajo. Y lo va consiguiendo. El aumento de las horas de ocio es la gran ilusión de la sociedad actual y lo será, en mayor escala, de la sociedad futura.

Pero he aquí el problema: no le ha dado tiempo al hombre de prepararse bien para hacer un uso digno e inteligente de sus horas de asueto, cuyo empleo—como advertía Goethe—es una de sus tareas más difíciles.

Se trata quizá del más delicado problema de la educación, el cual apenas si se ha planteado seriamente, ni dentro de la familia, ni en la escuela, ni en los centros docentes de enseñanza media y superior, ni en los distintos órdenes de la vida. Ahora, si empezamos a ocuparnos—tras el olvido de muchas generaciones—es porque se nos presenta de golpe, como un auténtico problema.

Viene a ser una constante histórica: lo material va por delante de lo espiritual. El maquinismo reduce las horas de trabajo y, consiguientemente, aumenta el tiempo libre. El hombre inventa y construye máquinas para conquistar el ocio, pero en su fiebre por conseguirlo no piensa en cómo debe utilizarlo. La familia—como señalé antes—se despreocupa lamentablemente y no educa a los hijos en este sentido. La escuela y los centros de enseñanza media y superior informan de muchas materias, ciencias o disciplinas, memorísticamente, masivamente, pero no forman la personalidad del niño, ni del adolescente, ni del joven. La religión, incluso se entiende a menudo y se practica, por lo

(2) Cfr. *Las clases medias*.

(3) Cfr. *Aprendizaje y heroísmo*. Madrid, 1915.

general, antes que como tal religiosidad—vínculo, atadura a Dios y a unos sólidos principios morales—como una herencia rutinaria o tradicional de carácter externo, no exenta, en ocasiones, de hipocresías y convencionalismos.

EDUCACION DEL OCIO (4).

La enseñanza del buen uso del tiempo libre no ha sido ni es hasta ahora—aunque parezca extraño—ni un elemento fundamental en la vida familiar, ni una asignatura escolar, ni un tema dominante en la vida religiosa o cívica del hombre actual. En el mejor de los casos, empieza a ser desde ahora tema de artículos, libros o ciclos de conferencias y, por tanto, limitado a sectores minoritarios.

Requiere el buen uso del tiempo libre una adecuada y constante educación inculcada ya en el seno de cada familia, enseñada en los distintos grados de enseñanza y fomentada luego en los diversos estratos de la vida profesional y cívica. Porque no puede haber educación completa sin sentido moral y religioso, sin educación individual, sin cultivo de la propia personalidad, sin civismo y sin vocación y capacitación profesional. Y tampoco podemos hoy hablar de educación integral de la personalidad humana si dentro de ella olvidamos o relegamos a un plano secundario la adecuada utilización del ocio que, en definitiva, supone una esencial finalidad cultural, moral y estética. No hemos de limitar, pues, la educación—que ha de ser, ante todo, humana, personal y social—a la enseñanza—elemental, media o superior—de unas cuantas ciencias o disciplinas, sino como un progresivo refinamiento del espíritu, merced al cultivo del sentido moral, de la inteligencia y de la sensibilidad estética, en un continuo contacto con la vida y en manejo frecuente de los libros y otros medios formativos hasta despertar plenamente su curiosidad intelectual. La buena utilización del ocio supone, en este aspecto, una gran ambición cultural y educativa, porque significa la elevación del hombre a un ambiente espiritual superior, a la vez que su mejor preparación para la reflexión, la creación y la convivencia.

Por la misma configuración de la sociedad actual—sociedad de masas—se hace más compleja y difícil la convivencia, la cual tiene hoy verdadera importancia, ya que supone la sociedad de nuestro tiempo una yuxtaposición o ensamblamiento de voluntades distintas y de intereses dispares e incluso contrapuestos. Porque convivir no es sólo vivir juntos o coexistir; implica bastante más que la mera simultaneidad de lugar o de tiempo; exige determinadas coincidencias espirituales capaces de unir a los hombres en los principios fundamentales, si bien con las

(4) Cfr. nuestro artículo «Hacia una educación del ocio», en REVISTA DE EDUCACIÓN NACIONAL núm. 152, marzo 1963, págs. 99-102.

diferencias de criterios que permitan el diálogo y el matiz. En países como el nuestro—donde todavía es preciso superar ciertos problemas temperamentales de individualismo exagerado y de obstinada incomprensión—, la educación del ocio requiere aún mayores atenciones que en otros. Se ha querido ver, metafóricamente, cierta relación entre el sentido deportivo de la vida y la capacidad para la convivencia. Recordemos, a modo de ejemplo, que Inglaterra, el país de más solera deportiva—creador también del vocabulario deportivo internacional—es uno de los primeros países del mundo que ha logrado resolver, hace ya mucho tiempo, el problema de la convivencia. ¿No es, por otra parte, el pueblo inglés uno de los que mejor ha sabido hacer uso de sus ocios?

El buen empleo del tiempo libre tiende al mejoramiento de las facultades físicas, morales e intelectuales del hombre. Como oposición a lo instintivo, significa un cultivo de los impulsos hasta hacerlos libremente conscientes. La educación del tiempo libre supone, por tanto, una importante finalidad que debe cumplir—dentro de nuestra actual sociedad de masas—una cultura bien orientada (5). Así se podrá llegar a una nivelación cultural, tan necesaria para acercar a los hombres al mismo tiempo de ir modelando en cada uno de ellos su latente personalidad más o menos adormecida, ya que el cultivo de sí mismo en una adecuada utilización del tiempo libre puede considerarse como el factor dominante en la consecución de los módulos básicos y progresivos de la propia personalidad de las sociedades: nivelación social, libertad individual, ampliación del horizonte espiritual, aumento de las posibilidades creadoras y de la felicidad.

En una reciente conferencia internacional (6), René Maheu, director general de la Unesco, ha dicho: «El tiempo libre no sirve tan sólo para el reposo, sino también, y quizá principalmente, como un medio a través del cual ejercer una función creadora, ya que debe contribuir a lograr la plenitud de la persona humana, a estimular y fortalecer el cuerpo social y a despertar y animar el espíritu cívico. De ahí la necesidad de aprovechar el tiempo libre, organizando sus horas de manera que ofrezcan diversas posibilidades para apurar los gustos, aguzar el juicio y, asimismo, el sentido crítico, al par que se valorizan y emplean las capacidades creadoras. Na-

(5) Preferimos cultura «orientada» a «dirigida», porque en la cultura «orientada» el límite de tal influencia está determinado por el respeto a la personalidad humana. La orientación supone encauzamiento, mientras que la dirección puede implicar, a veces, un sentido absorbente o unilateral.

(6) La celebrada en Praga, del 29 de marzo al 6 de abril de 1965, sobre el tema «Las relaciones de la educación de adultos y el tiempo libre en la educación de las sociedades europeas». A esta conferencia—organizada por el Gobierno checo—asistieron representantes de veinticuatro países y, además, los de algunas organizaciones internacionales como la Unesco, la OIT, etc.

turalmente—añade Maheu—, esto plantea una serie de problemas técnicos sumamente complejos: creación de una infraestructura adecuada (centros culturales, *clubs* deportivos, bibliotecas, museos, cinematecas, etc.) tanto más necesaria cuanto que los países industrializados están atravesando una fase rápida de urbanización; formación de educadores especializados y de animadores; utilización juiciosa de los medios modernos de información popular; preparación de medidas para que ciertos grupos relativamente desfavorecidos al respecto, como las mujeres, las personas de avanzada edad y los habitantes de las zonas rurales, puedan beneficiarse plenamente de los programas de educación de adultos y de la organización del tiempo libre»...

Por su parte, el relator general del Reino Unido, Brian Groombridge, señaló en esta misma conferencia: «El tiempo libre no debe ser un problema, sino una conquista del hombre. Hasta ahora sólo unos pocos privilegiados podían disfrutar de ocio digno, a expensas de la inmensa mayoría. En cambio, hoy casi todo el mundo tiene su parte de tiempo libre y puede esperar aumentarle. Sin embargo, acontece que en todos los países se está aún muy lejos de aprovechar las posibilidades que se ofrecen al respecto».

TIEMPO LIBRE Y FELICIDAD

Se ha convertido en problema el tiempo libre porque no se ha planteado todavía el buen uso del ocio en toda su dimensión moral y educativa, cívica y social. Es ya urgente abordarlo en sus exactas proporciones y con la atención debida para que deje de ser problema lo que, en verdad, supone una codiciada conquista del hombre: descansar. Pero descansar en su auténtico y antiguo sentido.

Para los griegos, el ocio (*σχολη*, en la lengua helénica; *schola*, en latín, escuela, en castellano) tiene un alto valor intelectual y supone una verdadera selección social. «Estamos no ociosos para tener ocio» dice Aristóteles (7). La fiesta es el origen del ocio. Ni una ni otro pueden prosperar, separados del culto. Dentro de éste, el ocio es cultivo, cultura propiamente tal, porque supone

aquello que rebasa lo meramente utilitario; fuera del culto, el ocio se convierte en ociosidad. En el ocio digno, contemplativo y creador se halla la más noble dedicación humana, alejada de todo interés utilitario. Y se encierra incluso la felicidad. Nos lo dijo ya Cicerón (8): «Acostumbran a ser tenidos por completamente felices aquellos que después que han ganado gloria y fama son capaces de pasar su vida en una república perfectamente ordenada, de tal manera que puedan entregarse tranquilamente a su trabajo y a su ocio con dignidad». Coinciden con Cicerón otros pensadores antiguos e, incluso, grandes teólogos cristianos, como Santo Tomás de Aquino. Más tarde, nos dirá Paracelso que la felicidad y la desdicha no son como la nieve o el viento, porque se pueden regular y comprender según las leyes de la naturaleza.

Así también se hace preciso regular y educar el ocio, el cual—como observaba Séneca (9)— «si no va acompañado de la reflexión, es la muerte y la sepultura del hombre». Y hoy, por exceso o por desorientación en el afán inmoderado de diversiones, el hombre se cava en vida su propia sepultura, porque mata en el absurdo, el tedio y el hastío su espíritu. Lo que no podemos permitir, al cabo de veinte siglos largos de cristianismo, es que el hombre no quiera o no sea capaz de sentirse feliz, cristiana y reflexivamente; lo que no cabe admitir en nuestro tiempo es que por el afán desmesurado de felicidad materil o epidérmica —siempre negativa— se convierta la infelicidad—que tal es la diversión alocada, la angustia absurda o el gamberrismo en todas sus formas— en una especie de mal crónico o de psicosis colectiva.

Si es el ocio la más codiciada de las conquistas humanas—como meta para la felicidad—, no podrá gozar plenamente de su tiempo libre quien no sea capaz de encauzarlo hacia el cultivo de su espíritu. Porque la vida—tan atractiva, por su propia multiplicidad— no vale la pena de ser vivida sin entusiasmo, sin afán de superación, sin un anhelo de sueños e ideales que enciende en cada uno de nosotros esa llamita del espíritu, sople, aliento vital, que emana de Dios y al cual retorna.

(7) Cfr. *Ética a Nicómaco*, X; 7.

(8) Cfr. *De oratore*, I; 1.

(9) Cfr. *Epistolae*, 86.